

LA BONDAD

Hacia los Animales

POR EL DR.

F. LAHILLE



1922

Imprenta A. Zaragoza—Saenz Peña esq. Pavón 1501

BUENOS AIRES

La Bondad hacia los Animales

POR EL DR. F. LAHILLE

—◆—
“Il y a plus de différence d'homme à homme que de bête à homme” —

«Hay mayor diferencia entre un hombre y otro hombre que entre un animal y un hombre» —

Montaigne

«La bondad hacia el animal es un deber»
P. Janet

¿Todos ustedes conocen la cebolla? Pues bien, nuestra tierra se asemeja un poco a una cebolla enorme. Está constituida por capas concéntricas y superpuestas. En el centro existe una esfera de materia que estaba incandescente al principio y que se encuentra hoy en estado pastoso. Su temperatura es aún sumamente elevada.

En los tiempos geológicos, cuando el enfriamiento de la superficie de la masa central alcanzó a los 360 grados, pun-

to crítico del agua, ésta se condensó en un inmenso diluvio hirviente y determinó sobre las escorias quemantes reacciones violentísimas. El cloro de la atmósfera se unió entonces con el sodio de la corteza y se formó el mar primitivo de dos mil metros de profundidad. Cubría la tierra entera.

Luego unos pliegues del suelo, asomando del agua en algunas regiones formaron las primeras islas y los continentes, tan poco extensos aún hoy, en relación con la superficie total de nuestro planeta.

Arriba de estas tres capas: de materia en fusión (Pirósfera), de tierra firme (Litósfera) y de agua (Hidrósfera), hay otras capas — se cuentan hasta diez — que constituyen en conjunto una esfera de gas (Atmósfera) de unos 500 kilómetros de altura, la distancia de Buenos Aires a Bahía Blanca.

Ahora bien, si nuestros ojos tuvieran el poder de los microscópios permitiéndonos observar los objetos sumamente

pequeños, nos sería fácil comprobar que la tierra está recubierta enteramente por otra especie de capa continua o casi formada por un número incalculable de seres vivos, plantas y animales. Es la Biósfera, que pudo empezar a formarse cuando la temperatura bajó a unos 55 grados.

Vemos a simple vista los vegetales y animales superiores que la constituyen, pero los demás, los invisibles, quién los contará jamás!

Los hay debajo de la corteza de los troncos; en el musgo de los prados y de las selvas; debajo las piedras; dentro de nuestros graneros, de nuestras habitaciones y — “horreseos referens, me estremeseo al referirlo — a veces hasta dentro de las camas! Abundan en la tierra vegetal: en nuestros campos y cultivos. En el barro arcilloso de los senderos y caminos duermen allí una vida latente — como princesas de castillo encantado — hasta que las lluvias bienchoras, vengan

a despertar de nuevo sus actividades adormecidas.

En cualquier charco de aguas permanentes el limo se parece a un barro viviente. En el mar, los pequeñísimos animales constituyen verdaderas nubes y sus despojos microscópicos al caer en el fondo de los abismos, forman allí depósitos de centenares de metros de espesor.

Nos agitamos, nos desplazamos dentro de la biósfera como un pastor entre sus ovejas, como un infusorio entre las bacterias, como un microbio entre microbios.

Como cualquier ser viviente, nacemos, respiramos, nos alimentamos, crecemos y nos multiplicamos. Nos encontramos sometidos a las mismas acciones transformadoras de los agentes externos y las mismas necesidades provocan en nosotros idénticas reacciones o tendencias. Todo lo que vive es pariente nuestro, en la alegría como en el dolor.

Los niños por encontrarse, quizá, más

cerca que nosotros de la madre naturaleza, tienen a veces verdaderas intuiciones, como la tuvo, por ejemplo, una chiquita, quien al ver desprenderse una hoja de un árbol la recogió piadosamente y la depositó con cuidado en la cama de su muñeca, para que nadie la pisara y para que la pequeña hojita muriera en paz.

Esta niña tenía, lo mismo que San Francisco de Asís, el sentimiento profundo de la vida universal.

Esta vida Mosché el gran iniciado de la ciencia de la Caldea antigua, Mosché quien durante treinta años había escudriñado todos los conocimientos más secretos que la casta sacerdotal egipcia se transmitía a través de los siglos, nos va a contar cómo apareció y se desarrolló.

Los vegetales, bajo las caricias del sol fueron los primeros en cubrir a la tierra de un manto de esmeralda viva, utilizando un gas irrespirable del aire que purificaron así y cuando amaneció el día siguiente, el cuarto de la creación moi-

siaea, la vida animal, sólo entonces posible, surgió radiante.

Las aguas de los mares y luego de los ríos se poblaron. Nacieron los peces y los reptiles acuáticos, los antepasados por consiguiente del plesiosaurio, pero no del plesiosaurio criollo, animal interesantísimo.

Demuestra este a los inocentes de todo sexo, de toda edad, a los del llano y a los de la altura que no es sólo el 28 de Diciembre que se les festeja.

“Cette leçon vaut bien un fromage sans
(doute.”

Elevándose del océano como los peces voladores, algunos reptiles invadieron los aires, y los pterosaurios, los más extraordinarios de los animales extinguidos, se alistaron para cruzar los espacios como el “Lusitania” portugués sobre la alta mar.

Una vez pobladas las aguas y los aires, el quinto día fué la tierra firme, la que se adornó con toda su fauna tan inmensa, tan variada y tan hermosa, y el hom-

bre apareció por fin para presidir “Ut praesit” como Mosché lo declara a todo lo que tiene vida.

El hombre, por consiguiente, no puede considerarse como dueño absoluto de los seres vivientes sino como el primate — el nombre es de Linneo—de todos ellos. Como tal, como buen presidente de los vivos de la tierra, está facultado para hacer en vista del bien común, todas las leyes necesarias y morales, es decir, conformes con la Naturaleza, no olvidando nunca que la justicia y la mansedumbre centuplican la fuerza de la autoridad, haciendo a ésta más respetada y más amable.

Al principio — es siempre Mosché quien nos lo recuerda — todos los animales eran vegetarianos: herbívoros, frugívoros, xilófagos, etc., y el mundo no tenía que presenciar muertes sanguinarias y matanzas destinadas a suministrar alimentos, o a saciar feroces instintos.

Pero más tarde, sea por escasez momentánea de vegetales; sea por agrupa-

ciones densas de animales demasiados numerosos, la necesidad ahogó la voz de los sentimientos naturales primitivos y los carniceros trágicos, — ocasionales al principio y sólo después permanentes — hicieron su terrible aparición y sus primeras víctimas.

Deseo que os compenetréis bien, queridos niños, que cuando falta este motivo de necesidad absoluta de satisfacer el hambre con la carne; cuando no hay razones imperiosas de defensa o de investigaciones científicas "muy serias", cualquier atentado contra la vida animal no merece perdón.

Que mentalidad de bruto la del cazador, que persigue y mata sólo por el gusto de matar, animales que tienen derecho a la vida y que una vez muertos, no darán al victimario provecho alguno. El hombre hace entonces el mal por el mal. No puede ya llamarse el presidente de los vivos, sino: el rey de la ferocidad.

Este nombre de feroces suele darse también a algunos animales, pero entonces,

cuán es innecesario! Rómulo y Remo no fueron acaso alimentados por la loba capitolina?

No conozco animales feroces. Hay animales hambrientos que matan para comer, pero una vez saciado su hambre, se muestran en el estado de libertad enteramente mansos aunque siempre listos— como es natural y legítimo—para repeler un ataque con derecho y con valor. Díganme: ¿En qué especie de animales encontrarán ustedes un Nerón, un duque de Alba o un Mateo Banks? "La serpiente no muerde mientras no se la provoca" dice Schiller en "Guillermo Tell".

En los jardines zoológicos, en las casas de fieras, cuando una misma reja separa un hombre de un animal mantenido por él, en las privaciones del cautiverio, quién de ambos seres les parece a ustedes el más cruel? En estos jardines — y es su motivo de disculpa — el público puede instruirse. No lo dudo. Lo hizo por ejemplo un niño, quien al obser-

var por primera vez a un elefante y al ver sus largas orejas que se movían despacio, dijo a su madre: "No sabía, mamá, que los elefantes tuvieran alas sobre la cabeza!"

Muy contadas son las personas que conocen bien a los animales y mucho más escaso el número de quienes saben entender a Darwin. Se suele interpretar la lucha por la vida como un desencadenamiento de apetitos y de guerras entre los numerosos representantes de las especies. ¡Cuán distinta es la verdad!

No hay diferencia fundamental alguna entre el hombre y los animales superiores en cuanto a las facultades mentales, a los sentimientos, a las emociones y también en cuanto a los instintos sociales que constituyen en definitiva el sentido moral.

Son estos instintos los que "impulsan al animal a encontrarse contento en la sociedad de sus camaradas, a experimentar para con ellos una cierta simpatía y a prestarles distintos servicios." Darwin.

Todos los representantes de una misma especie se ayudan entre sí (guanacos, lobos de mar, pelicanos, hormigas, etc.) Los monos tanto los machos, como las hembras, adoptan siempre los huérfanos de sus compañeros y les roscan de cariños y de muchos cuidados. Los castores trabajan de común acuerdo en la construcción de sus diques. Se han visto cuervos y otras aves alimentar socios ciegos. Los republicanos ("Philetaerus socius") de la Africa tropical, trabajan juntos para formar un abrigo común para sus ciudades aéreas, etc., etc.

La ley común para el hombre y para los demás animales no es la de la lucha inexorable, pero sí la de la unión de la solidaridad, de la ayuda mutua. El biólogo sabe bien que en la evolución de la vida y de sus formas realizadas, todos los progresos han sido las consecuencias de la paz organizadora y fecunda y no de las guerras, sembradoras de desolación, de lágrimas y de muerte.

Al recorrer con el pensamiento todo

el escenario de la vida animal, cuán lejos nos encontramos de los espectáculos entristecedores de la barbarie de algunos hombres.

Conocen ustedes algo más cruel que el "tiro a la paloma"! A estas aves enjauladas que no vivían sino para las ternuras de su pequeña familia alada, se les ofrece la ansiada libertad y en el preciso instante en que la recobran, y que ebrias de contento toman su vuelo en el cielo para volver apresuradas hacia los suyos, un pobre de espíritu con cara de "gente bien", las mata, o lo que resulta peor, las hiere, no preocupándose más de su agonía lenta y solitaria que a veces un perro errante hará aún más cruel.

Si a un hombre tanto le gusta perfeccionarse en la práctica del tiro y demostrar su buen puntería y destreza, no le faltarán, por cierto, blancos inmóviles y móviles de toda clase y en todo caso tendrá su propia gorra. La puede tirar en el aire como Tartarín de Tarascón y sus

compañeros y agujerearla con una bala si es bastante ágil.

Hay personas incapaces de experimentar los placeres del estudio y de la inteligencia o que ignoran el goce de los ejercicios físicos y deportes. Buscan entonces distracciones malsanas en la chismografía de los círculos, en el juego, las carreras o en el espectáculo del dolor ajeno.

Conocen ustedes algo más sanguinario que un combate de gallos, a los cuales para que las heridas que infieren resulten más crueles, se les arma con agudos espolones de acero?

Los reñideros de estas aves orgullosas y bravías, son tan innobles en lo pequeño cuán en lo grande lo son las arenas.

No conozco por mi parte espectáculo más atroz y más inmoral que una corrida de toros y me acuerdo, para siempre, de la primera y última que observé en San Sebastián.

Un industrial para quien la sangre vertida es dinero, prepara con una larga

cisne y la águila, Pegaso y el pequeño caballo, la mosca, el camaleón, etc.

Las religiones antiguas se habían anticipado a los sabios; celebraban fiestas en honor de los animales, a veces les rendían culto y adoración cuyo fundamento y simbolismo sólo eran conocidos de los iniciados. Pero a veces también los animales eran sacrificados en holocausto a una divinidad suprema.

Era a los animales que los dioses para disimularse, solían pedir prestadas sus formas.

Cuando Júpiter tomó por esposa a Juno, quien según Homero tenía "ojos de vaquillona", se transformó en cuclillo; para transportar a Creta y casarse allí con Europa, revistió al forma de un toro; mientras que para expresar suavemente a Leda todo su cariño, se convirtió en cisne, provocando entonces el bonito epigrama griego traducido por Marchetti:

"Giove ad Amor: "Di tutte
Ti spoglieró tue, fréce!" "E quel ma-
(ligno;

"Il potrai tú, s'io ti ritorno in eigno!"

Era en éstos tiempos heroicos que la esfinge planteaba problemas a Edipo, preguntándole, por ejemplo, cuál es el animal que camina por la mañana en cuatro patas, con dos a medio día y con tres a la tarde!

"En los libros sagrados del catolicismo, los animales desempeñan un gran papel y nadie ignora todos los males que nos suscitó una embustera serpiente en el paraíso; cómo los animales se salvaron del diluvio en el arca de Noé y cómo a su vez una ballena impidió que Jonás se ahogara; cómo los leones hambrientos trataron a Daniel en la fosa; cómo Sansón pudo utilizar una quijada de asno; cómo los animales fueron representados en el nacimiento poético de Belén por la vaca y el burro, etc., etc.

Los símbolos animales abundan en el culto: el cordero pascual, el pescado representan al Salvador; la paloma al Espíritu Santo; el gallo a la resurrección; el caballo, a la vida cristiana, etc., etc.

En el cielo tampoco faltan animales simbólicos y fantásticos. En su revelación o apocalipsis el visionario de Patmos nos describe algunos de ellos.

Vió un corderito con siete cuernos y siete ojos, rodeados de cuatro animales que tenían ojos por todas partes: por delante, por detrás y también por adentro.

Cada uno ostentaba seis alas. El primer animal se parecía a un león, el segundo a un ternero, el tercero tenía una cara humana, el cuarto se asemejaba a un águila que vuela. Hablaban todos día y noche; y de un libro que abrió el cordero, salieron cuatro caballos de distintos colores y cada uno con un jinete.

Los animales aún más extraordinarios fueron los que llegaron del interior de una especie de volcán. Eran langostas destinadas a dañar, no a la vegetación, sino a atormentar durante cinco meses a los hombres malos. Estas langostas se parecían a caballos, su cara era como la de los hombres; tenían una cabellera de

mujer y sobre la frente coronas brillantes como el oro. Sus dientes eran como los de los leones, su cuerpo era fuertemente acorazado, tenía una cola armada como la de los alacranes de un agujijón ponzoñoso. Al volar el ruido de las alas de estas langostas se parecía al de los carros de guerra, cuando se precipitan al combate...

Es así como en todas las épocas la humanidad entera se ha interesado y se interesará siempre por los animales. Tanto por los que viven como por los creados por la fé, la fantasía o el arte; como los dragones, el minotauro, la tarasca, etc.

Es que también son animales, especialmente ongulados los seres vivos que hicieron posible nuestras más hermosas civilizaciones.

En nuestra América, el gran imperio de los Incas tuvo como principal colaborador y sostén a la llama, sobria, pacífica y vigorosa del Perú y de Bolivia.

En Africa, la civilización árabe no hu-

hubiera existido, ni llegado a tener el esplendor extraordinario que adoramos, sin los camellos y dromedarios, verdaderos "buques del desierto".

En la India, sin el elefante, tan inteligente cuan potente, nunca se hubiera producido la civilización hindúe; nunca se hubieran podido levantar esos templos colosales, cuyas ruinas hoy nos asombran tanto por su magnitud cuanto por su belleza.

En fin, qué hubiera sido de Europa sin el caballo, "la más noble conquista del hombre", que Fidias inmortalizó en las frisas del Partenón, consagrado a Atené o Minerva, Diosa virgen, protectora de la sabiduría e inteligencia, de los caballos y de los progresos de la civilización.

Sin embargo antes de tener a los ungulados como socios, el hombre había conseguido — en un otro orden de mamíferos — atraerse y captarse para siempre la simpatía de dos amigos de un mérito inestimable — y que los niños tam-

bién quieren mucho: el perro y el gato.

El primero es el mejor, el más fiel, el más cariñoso de los amigos, siempre dispuesto para aceptar nuestro bueno o mal humor. Viene, como lo dice Buffon: "arrastrándose para poner al servicio de su dueño, su valor, su fuerza y sus talentos." Nos demuestra su amistad, no como los hombres, por palabras vanas, sino, por actos conmovedores y por el idioma misterioso de su mirada cariñosa y profunda.

Sin embargo, hay personas que no los quieren y Carlos II de España, no podía tolerar los perritos que su esposa, una sobrina de Luis XIV, había traído desde Francia. Al verlos se ponía furioso y gritaba, según cuenta la historia: "Lleven todos estos perros franceses".

Los buenos vecinos, en todas las épocas, suelen cambiar amenidades.

En la civilización del Egipto el perro representa dos grandes divinidades: Uapuaitú y Anubis, y en las grandes ciudades: Tebas, Sakara, Siut, Feshn, etc.

existían cementerios para perros y gatos.

Junto con el perro, el gato fué, pues, desde los tiempos antiquísimos el comensal del hombre, tanto en las cavernas y las ramadas como en las casas y los palacios. A Tebas el pueblo llamaba la gata: Dama del cielo y era la diosa de Bubastis.

Hay personas quienes por ignorar la historia de las civilizaciones se burlan del antiguo Egipto, diciendo que allí todos los animales eran dioses y todos los hombres animales. No saben, por ejemplo, que si los gatos eran considerados como protectores divinos es que se había constatado muchas veces que mientras en las ciudades que carecían de estos animales la espantosa peste bubónica las despoblaba en poco tiempo sin que nada pudiera detener la ola negra del contagio y de la muerte; en cambio en los pueblos que protegían debidamente a estos pequeños compañeros, permitiendo su multiplicación y asegurándoles abrigos y

buenos tratos, la peste no traspasaba el umbral de la ciudad, o hacía sólo unas pocas víctimas. No conociendo los microbios y el mecanismo a veces sumamente complicado de su transmisión, es muy natural que los sabios observadores de Tebas hayan considerado a la gata como la gran defensora de la humanidad y la hayan introducido por lo tanto en el panteón de gloria. Era bien la dama del cielo, la que producía sobre la tierra el milagro de la inmunidad.

Antes de reirse de las supersticiones de los demás, sería mejor investigar el origen y fundamento de ellas y sobre todo reflexionar y hacer su propio examen de conciencia. ¿Por qué miras la paja en el ojo de tu hermano cuando tienes una viga en el tuyo?

Para los hombres de estudio, los trabajadores del espíritu, los gatos son unos compañeros deliciosos, discretos, casi silenciosos. Sus movimientos exquisitos, imagen de la gracia femenina, sus chuscadas, sus ron rones nos hacen compa-

ña. Entre ellos hay bien unos ingratos,
pero a este respecto que me dicen usted
des de los hombres?

Se cuenta que una vez el Mariscal Can-
robert preguntó al literato Mezières: Hay
algo más hermoso que un gatito?, y el sa-
bio profesor contestó: "Sí, hay algo más
hermoso que un gatito. Son dos gatitos que
juegan juntos".

Mucho desearía no alargar esta confe-
rencia, pero cómo resistir a la tentación
de citarles el soneto que Baudelaire ha con-
sagrado a los gatos:

LES CHATS

Les amoureux fervents et les savants aus-
(tères

Aiment également, dans leur mûre saison
Les chats puissants et doux, orgueil de la
(maison,

Qui comme eux sont frileux et comme eux
(sédentaires.

Amis de la science et de la volupté,
Ils cherchent le silence et l'horreur des
(ténèbres;

L'Erèbe les eût pris pour ses coursiers
(funèbres,

S'ils pouvaient au servage incliner leur
(fierté.

Ils prennent en songeant, les nobles atti-
(tudes,

Des grands sphinx allongés au fond des
(solitudes,

Qui semblent s'endormir dans un rêve sans
(fin.

Leurs reins féconds sont pleins d'étincelles
(magiques.

Et des parcelles d'or, ainsi qu'un sable fin
Etoilent vaguement leurs prunelles mys-
(tiques.

Además de los perros y de los gatos, el
hombre introduce a veces en el hogar, mo-
nos, y hasta lechoncitos, lagartijas, lau-
chas, etc., aves de todas especies desde los
canarios y los loritos hasta los papagaios
y los aras de color azul y amarillo y que
aún viejos quedan verdes.

Las utilidades que los animales prestan
al hombre no se pueden contar.

Muchos protozoarios, equinodermos, mo-

luzcos y crustáceos purifican las aguas, y algunos de ellos ya fósiles suministran materiales de construcción (calcáreo a nummulites, mármoles, etc.) Los colores más hermosos: la púrpura y el carmín; la luz litúrgica de nuestros templos, el brillo de los entarimados de nuestras habitaciones los debemos a animales. Animales o sus productos son también el coral, los camafeos, las perlas, las sedas, las ballenas y las plumas de avestruz, oh mujeres! Las esponjas, los vesicantes, las sanguijuelas, el aceite de bacalao, el eider tan liviano y calentito, oh enfermos!; los bocados de ostras, de mejillones, de calamares, los caracoles y langostines, el caviar, las sardinas, truchas y salmones, oh golosos!

Los animales verdaderamente más útiles para el hombre pertenecen a la clase de la cual él mismo forma parte y más especialmente al orden de los paquidermos, rumiantes y solípedos.

Permitidme recordarles unos ejemplos.

Para los trabajos de tracción, transportes y labores de campo, tenemos a los ca-

ballos, a los asnos, a las vacas, renos, elefantes, búfalos, camellos, llamas, yaks, perros.

Para la caza contamos con los perros los hurones, los elefantes y los caballos. Estos a veces tienen unos defectos, como Alarcón lo recuerda a las señoritas:

No hallarás perfecto esposo
que caballo sin defecto;
quien lo busca desconfíe
de andar jamás caballero...

Para suministrarnos carne tenemos desdentados como la mulita y el peludo; roedores, como los conejos y liebres—ratones para las poblaciones hambrientas o sitiadas.— Entre los ongulados tenemos a la vaca, oveja, cerdo, jabalí y también al caballo. Los peces innumerables, los crustáceos y los moluscos forman la base principal de la alimentación de algunos pueblos.

La leche y los quesos nos son proporcionados por las vacas, yeguas, burras, cabras, etc.

En la sección vestidos y anexos tenemos las lanas (ovejas, guanacos, alpacas, etc.), las pieles hermosas (lutras y nutrias, chinchillas, herminias, zorros, skunks, lobos de dos pelos, astrakán, etc.)

Si a los conejos les tomamos el pelo, así como a los castores y a las liebres podemos confeccionar sombreros de fieltro y los de copa, llamados a veces con mucha razón "prolongación del vacío".

Con los crines, cerdas y pelos de otros animales hacemos los cepillos y los pinceles; y que no hicieron con estos Van Dyck, Rubens, Miguel Angel, Leonardo da Vinci, Velázquez, Greuse, Hemmer, J. P. Laurens, Bouguereau, Detaille, Puvis de Chavannes y tantos otros pintores ilustres.— Ripamonte en el país.

S'il est un art de peindre-et s'il est un
(Prado—

C'est qu'au monde la Martre en a fait le
(cadeau.

Miguel Zamacois.

Sí—a pesar de lo que dice Montaigne— quieren perfumarse bellas señoras, el pro-

ducto del almizclero o el ámbar gris del cachalote, les suministrarán valiosos elementos.

¡Industriales, trabajen los cueros para los calzados, los vestidos y los adornos! Trabajen los huesos, los cascos y los cuernos para obtener el fósforo, el ácido fosfórico y sus derivados, el negro de humo, la cola fuerte y los mangos de cuchillos!

¡Fabricantes de grasas, aceites, velas y jabones, para vosotros son las focas, lobos de mar y todos los cetáceos.

En fin, jóvenes estudiantes, si ustedes desean lapiceras livianas y bonitas, el puerco-espín se las ofrecerá.

No insisto más y sólo saludaré de paso a todas las aves que protegen nuestra agricultura, que nos encantan con sus melodías, que nos suministran, además, huevos, carne, plumas... y enseñanzas. Ellas pues, con sus nidos fueron las primeras maestras del hombre primitivo aprendiéndole a fabricar los canastos y a confeccionar los tejidos.

Con sus silbidos y cantos fueron nues-

tros primeros profesores de armonía y nos enseñaron a expresar por la música sentimientos tan profundos y tan delicados que palabra humana alguna por tan poética que sea no podrá traducirlos jamás.

Saludaré a los insectos, amigos y aliados, que constituyen ellos también un verdadero mundo. Fecundan nuestras plantas, han provocado la aparición de nuestras flores más vistosas, y luchan para nosotros contra otros seres de su clase que intentan causarnos daño. Os saludaré humildes lombrices de tierra, son pues ustedes las que nos han proporcionado la tierra vegetal y, por consiguiente, nuestras cosechas.

No olvidemos de saludar a los sapos nocturnos. Mientras descansamos, vigilan nuestras huertas y las limpian de sus enemigos. Saludemos a las ágiles y esbeltas ranitas que aprendieron a nuestros lejanos antepasados el arte tan sano y a veces tan necesario de la natación.

Saludemos a los murciélagos, los únicos mamíferos que supieron adaptarse al vuelo antes que la mecánica diera a los hom-

bres la posesión de los aires. Oh! Respetad siempre a los murciélagos; cazan principalmente a los mosquitos, ayudándonos así a preservarnos de plagas más homicidas que todas las guerras antiguas: el paludismo, la fiebre amarilla, el elefantiasis y quizás la lepra también.

Saludemos a las arañas, que mostraron a la humanidad—y también a los procuradores y abogados—cómo se hacen y cómo se tienden las redes para posesionarse de todos los aturdidos o incautos.

Saludamos a todo el reino animal en el día de su fiesta. Hoy no se puede dividir a los seres en superiores e inferiores. Para el biólogo todos son igualmente bien adaptados a los medios y a las funciones que tienen que desempeñar en el gran concierto del mundo orgánico, y es justamente esta adaptación natural y perfecta la que constituye la perfección.

Aux regards de celui qui fit l'immensité
L'insecte vaut un monde, Ils ont autant
(coûté.

Lamartine.

En definitiva, podemos afirmar que sobre la tierra sin el mundo animal, el hombre no hubiera existido. Su vida y, sobre todo sus civilizaciones no hubieran sido posibles. Entre los animales figuran nuestros antepasados o parientes pobres, de los cuales no hay que ruborizarse. "Vale más, como lo dijo Huxley, ser un mono perfeccionado y no un Adán degenerado".

Cada animal, por el sólo hecho de tener memoria, posee una personalidad propia, y las bestias,—los vertebrados por lo menos,—gozan de una libertad de la misma naturaleza que la nuestra. Como nosotros se dirigen hacia un fin determinado. Por consiguiente, no es posible negarles—como lo hacen unos pretendidos filósofos ignorantes de la biología animal — un cierto número de derechos.

Para mostrarles hasta dónde puede llegar la ceguera mental de algunas personas cuando se dejan dominar por ciertas creencias, les citaré el caso de Malebranche. Este miembro conspicuo de la Congregación del Oratorio creía que el dolor

no podía ser sino la consecuencia y el castigo del *pecado original*—como Ninon de Lenelos lo llamaba en francés. Sostenía, por lo tanto, que los animales, puras máquinas, no podían experimentar sensaciones molestas, y cuando se le hacía notar que los caballos, por ejemplo, sufren cuando son maltratados, contestaba con ironía: "¿Sin duda habrán comido alfalfa prohibida?"

Un día este filósofo paseaba con Fontenelle, y como una perra que iba a ser madre se le acercaba muy amable; él la rechazó con una patada. La pobre bestia lanzó un largo aullido de dolor, y el sobrino de Corneille se indignó naturalmente, pero Malebranche le dijo: "¿Y, no sabe usted que *esto no siente nada?*"

Qué lástima que no haya prestado a la vida de los animales mayor atención quien dió de ella esta definición tan bonita: "La atención, es la plegaria natural que hacemos a la verdad para que se descubra a nosotros".

Con las familias se constituyen las na-

ciones; la reunión de las naciones forma la humanidad; pero arriba de la humanidad, arriba del reino vegetal y del reino animal, hay algo de más hermoso y de más grande, hay el Imperio de la vida.

Todos los seres que lo constituyen representan para el biólogo los miembros de una vastísima familia, y si difieren entre sí, a veces muy mucho, es a fin de producir la posibilidad de existencia y la suprema armonía de todo conjunto y de realizar una perfección que resultaría imposible, y aún inconcebible, si se tomara como base, la igualdad, fuente de tantas aspiraciones y de tantos males.

La sinfonía de los seres vivientes, llega a darnos una suprema lección de filosofía social. Como en una orquesta, hay entre todo lo que vive, desigualdades necesarias; hay privilegios y especializaciones. Hay trabajadores los unos oscuros, los otros gloriosos. Pero cada uno da su nota en el concierto y les dirige una autoridad, quien dicta imperiosamente sus voluntades.

Madre naturaleza, es sinónimo de tradición larguísima, de organización estricta y de jerarquía indispensable. Por lo tanto, los animales y los vegetales, es decir, ambos reinos de la vida protestarán siempre con su existencia misma contra el sistema absurdo del sovietismo, el cual erigiendo la igualdad como principio, quiere cambiar de repente el molde de la sociedad e imponer un régimen criminal, que toma por nivel de la cultura, los representantes más bajos de la humanidad.

Por ser miembro de una misma asociación, cada ser viviente tiene en principio algún derecho, según su clase, su situación, su rol y sus necesidades. Los animales domésticos sobre todo, nuestros auxiliares, nuestros amigos tan buenos y tan resignados a su suerte, son acreedores a consideraciones especiales.

Si fuera necesario recordar una vez más los principios que justifican la aplicación de penas severas contra quien da malos tratos a estos compañeros nuestros de to-

dos los días, bastaría recordar que las sevicias contra estos seres indefensos son contrarias al orden; chocan el sentido moral de las personas que las presencian; denotan en quienes las realizan instintos feroces que pueden disminuir o apagar en los corazones el sentido de la conmiseración; provocan actos de crueldad, aún contra el hombre, llegando a ser delitos públicos que la sociedad tiene el derecho y el deber de evitar y de reprimir.

Hay que considerar a los animales como pequeños hermanos inferiores y el hombre debe mostrarse, por lo tanto, con ellos, accesible, razonable, paciente y compasivo.

Además, para no desmerecer su título de presidente de los animales—el león es el rey—el hombre tiene que evitar principalmente la superstición, el fanatismo y el despotismo, pues, como lo dice La Harpe: “La superstición transforma al hombre en bestia; el fanatismo hace de él una bestia feroz y el despotismo, una bestia de carga.

En resumen, seamos buenos—muy bue-

nos.—para con todo lo que tiene vida; pues toda vida es amor y el Amor es esta Realidad eterna y divina que creó y mueve a los mundos y que se manifiesta gloriosamente a través de todas las formas, de todos los tiempos y de los espacios infinitos. “La tierra y los cielos son llenos de tu gloria!

“Pleni sunt coeli et terra gloriâ tuâ!”

F. Lahille.

Fiesta del Animal. -- Buenos Aires,

